

Arrizabalo Montoro, Xabier (2014); *Capitalismo y economía mundial*, IME-Arcis-UdeC, Madrid, 659-674

CAPÍTULO 10

Conclusiones

Para presentar la conclusión del libro de una forma ordenada y fundamentada, debemos partir de un resumen de su línea argumental, aunque sea poco menos que telegráfico. Este resumen, que desemboca en las conclusiones, se expone a través de tres apartados: en primer lugar la pregunta que se formula como punto de partida, que identifica el objeto de estudio analizado en el libro. En segundo lugar, la herramienta metodológica de la que se dispone para dicho análisis. Al respecto no basta con consignar que es el marxismo sino que también debe explicarse su génesis y su contenido básico, por más que se haga de una forma asimismo telegráfica. Finalmente, en tercer lugar se expone el contenido preciso de la conclusión. Esto es, la respuesta a la que se llega mediante la aplicación de dicho método al estudio de la pregunta planteada de partida. En torno a esta conclusión principal, se completa este último apartado expositivo del libro con una reivindicación explícita de la posibilidad y la necesidad del análisis económico científico, no para la comprensión *per se* de la economía, sino con la intención última de aportar elementos para una adecuada intervención que permita efectivamente superar los problemas. Es decir, para que pueda contribuir como un punto más para lograr que el “y sin embargo, se mueve” que caracteriza la situación actual, en cuanto a la movilización social de la clase trabajadora con sus organizaciones contra el deterioro de las condiciones de vida que se le pretende imponer, se mueva en el sentido de efectivamente abrir una salida a los problemas.

La pregunta...

835 euros mensuales es la cantidad que, en el caso español y en promedio, cada trabajador ha dejado de ingresar en 2013 como salario directo, debido a que la participación de los

salarios en el producto ha caído desde el 67,5% de 1978 hasta el 51,4% de 2013; es decir, si se hubiera mantenido constante el peso relativo de los salarios de 1978 (datos de la propia UE, véase el apartado 3.1.2 del capítulo octavo). Esta tendencia regresiva se acelera desde el Tratado de Maastricht, pues entre 1993 y 2006 la participación salarial cae a un ritmo promedio anual del 0,65%, frente al 0,28% de 1978-1993 y al 0,49% de 2006-2013. Más allá de las particularidades españolas, estos datos reflejan una tendencia general. Además, a esta pérdida de ingresos de la clase trabajadora se une el desmantelamiento de la protección social (el salario indirecto que es la sanidad, la enseñanza, etc. y el salario diferido que son las pensiones), así como la destrucción de empleo y el empeoramiento de las condiciones laborales, tal y como ha sido detallado en los capítulos anteriores y específicamente en el octavo y el noveno. El resultado de todo esto salta a la vista: un marcado retroceso social que se extiende a escala mundial, de modo que toda situación distinta tiene un carácter finalmente excepcional, temporal y/o geográficamente.

En este libro se parte de la constatación de la grave situación social que padece la humanidad hoy. Su gravedad se aprecia en el deterioro de las condiciones de vida de la inmensa mayoría de la población (la que vive de su trabajo, la clase trabajadora). Incluso en las economías más avanzadas. Esas condiciones no sólo se deterioran, sino que sobre ellas planea una amenaza cierta de nuevos retrocesos. El deterioro se aprecia con claridad, por ejemplo, cuando se observan las expectativas vitales a las que pueden aspirar realmente los jóvenes en la actualidad (la inmensa mayoría de los jóvenes). Se extiende cada vez más, a escala mundial, el hecho de que estas expectativas sean inferiores a las de las generaciones inmediatamente anteriores.

Sin embargo, las posibilidades materiales no han dejado de aumentar, resultado de la mayor cualificación de la mano de obra y el impulso que esta mayor cualificación aporta al progreso científico y técnico. Entonces, si las posibilidades son mayores, ¿por qué las condiciones de vida de la mayoría empeoran, y además pende sobre ellas la amenaza de nuevos y mayores retrocesos?

En consecuencia, la pregunta que se trata de responder en el libro es precisamente la que gira en torno al choque cada vez más fuerte entre, por un lado las necesidades y posibilidades de la población mundial y, por otro lado, las exigencias de las “reglas del juego”. Dicho en términos más precisos, el objeto del libro, “los problemas económicos del siglo XXI” a los que alude su subtítulo, es la destrucción de fuerzas productivas (y en particular de su base que es el trabajo vivo) que cada vez más, y no sólo desde el estallido de la crisis mundial en 2007-2008 sino antes, se extiende a escala mundial de una forma u otra (y no sólo en determinados casos, como el español, en los que la crisis se materializa de una forma más aguda, sino con carácter general).

...el método para responderla...

En el terreno social, como en la vida en general, los fenómenos no ocurren por casualidad. Son el resultado de unos factores con los que están vinculados. Es decir, tienen una relación de causalidad que los conecta, permitiendo su explicación. Esta causalidad, las leyes que rigen el proceso en el cual tienen lugar los fenómenos, obviamente existe con independencia de que nosotros la conozcamos con mayor o menor precisión.

Estas leyes que existen en cualquier ámbito de la naturaleza o de la sociedad, sólo pueden ser detectadas y formuladas como tales a través del método científico. En todos los ámbitos del conocimiento hay particularidades y dificultades, pero en el análisis de las sociedades de clases hay una especificidad de mucho calado: la que llevaba a Rosa Luxemburgo, como se ha recogido en el primer capítulo, a llamar “ciencia extraña” a la economía política. Se trata de la ineludible presencia de la ideología que, expresando intereses determinados, inevitablemente condiciona todo análisis social. Desde la perspectiva específica del análisis económico, este condicionamiento se aprecia con facilidad al considerar su objeto de estudio, que es la forma a través de la cual la sociedad se organiza socialmente para obtener la base material para su reproducción en el tiempo. Es decir, cómo se producen socialmente los medios de vida de la sociedad, de una forma constantemente renovada y, por tanto, también cómo se distribuyen entre los miembros de la sociedad y cómo se consumen para estar en condiciones de volver a producirlos y así sucesivamente. Basta simplemente pensar en el verbo “distribuir” para constatar el conflicto consustancial a toda sociedad de clases, las cuales precisamente se definen como tales en función del lugar que ocupan en el proceso social de producción.

Y puesto que la economía es conflictiva en cualquier sociedad de clases, el análisis económico, que es asimismo un producto social (es decir, no ajeno a la sociedad en la que se produce), también es conflictivo. No ya conflictivo sino incluso peligroso desde el punto de vista de la clase dominante, que puede temer que un análisis científico de la base económica de la reproducción social (es decir, un análisis que vaya más allá de las apariencias para llegar a las causas profundas), desvele la explotación en la que se fundamenta su dominación y los privilegios que conlleva.

En el inicio del último tercio del siglo XIX, se cumplían ya más de cien años de avances considerables en la metodología de análisis de los procesos sociales desde la perspectiva de la economía política. Estos avances habían tenido lugar, sobre todo, en el marco de la transición al capitalismo en determinadas regiones de Europa, lo que facilitó la constitución de una economía política burguesa, algunas de cuyas figuras más destacadas fueron Adam Smith y su *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* de 1776 o David Ricardo y su *Principios de economía política y tributación* de 1817. Aunque previamente otros autores habían hecho aportaciones metodológicas de primerísima importancia como el fisiócrata François Quesnay y su *Cuadro Económico* de 1759. Pero también se había configurado lo que Marx caracterizaba como economía burguesa vulgar, cuyo enfoque superficial obedecía a una intencionalidad esencialmente apologética, propagandística: no indagar para no desvelar. Con la culminación de la transición al capitalismo y el establecimiento de las relaciones capitalistas de producción como dominantes, cada vez más ampliamente, el proceso de acumulación muestra su potencia pero también sus contradicciones, en cuanto a sus fluctuaciones que provocan interrupciones en la acumulación, las crisis, y en cuanto al nuevo trasfondo de lucha de clases, la que opone a capitalistas y asalariados, en cuyo marco se va organizando la clase trabajadora como movimiento obrero.

Como se ha consignado en el segundo capítulo, en 1867 ve la luz el libro primero de *El Capital* de Karl Marx (los libros segundo y tercero los editará Friedrich Engels en 1885 y 1894 respectivamente). En otro plano, en 1871, precisamente el año de la Comuna de París, se publican los dos libros que suelen identificarse como inicio de la escuela marginalista *La teoría de la economía política* de Stanley Jevons y *Principios de economía política*, de Carl

Menger, junto al de 1874 *Elementos de economía política pura* de Léon Walras y el que los sigue en 1890, *Principios de economía* de Alfred Marshall. Mencionamos la Comuna de París porque fue la primera experiencia histórica de toma del poder por los trabajadores, lo que simboliza perfectamente el contexto histórico en el que surgen estos dos planteamientos antagónicos respecto a la explicación de los fenómenos económicos, el marxismo y el marginalismo. El enfoque marginalista se entronizará en seguida como dominante en el campo de la economía burguesa y mantiene su dominio hasta la actualidad, por más que en algunos períodos otras corrientes del mismo tronco común, como el keynesianismo, hayan podido compartir en alguna medida la condición de “versión burguesa oficial” (el libro *Teoría general de la ocupación el interés y el dinero* publicada por John Maynard Keynes en 1936 se publica en el contexto de la crisis estallada en 1929; su antecedente de 1933 de Michal Kalecki, *Ensayo de teoría económica*, comparte aspectos pero no se puede identificar como expresión directa de intereses burgueses).

La esencia del marginalismo radica en que bajo la apariencia científica que le otorga la incorporación al análisis económico del cálculo diferencial, hay un engarce directo con la economía vulgar, como se aprecia en su teoría del valor, subjetiva, que defiende la posibilidad de explicar los precios simplemente desde el intercambio, desconociendo por tanto su génesis en el proceso social de producción que confiere valor a las mercancías. En este sentido se ha explicado en el capítulo segundo que el marginalismo es la definitiva degeneración del análisis económico burgués, que muestra así sus estrictos límites históricos: ya no rema a favor de corriente, para explicar las posibilidades de desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo, en comparación con el corsé que suponían las trabas de carácter feudal que sobrevivían en el marco del antiguo régimen; ahora le toca remar a contracorriente histórica, para lidiar con un capitalismo ya en pleno despliegue al menos en buena parte de Europa, que muestra sus contradicciones.

En ese mismo contexto aparece *El Capital* de Marx, como expresión teórica de los intereses de la clase trabajadora, que comienza a remar a favor de corriente histórica, al atisbarse ya los límites históricos del carácter progresivo del modo de producción capitalista. De hecho, en pocos lustros estos límites se expresarán inequívocamente, en particular con la competencia interimperialista descarnada que desemboca en la Primera Guerra Mundial. Marx era un destacado militante del movimiento obrero, con sólida formación filosófica e histórica, que aborda el estudio de la economía capitalista, objeto de *El Capital*, con la pretensión no ya de desvelar el trasfondo explotador que subyace necesariamente a la acumulación capitalista, sino también su carácter crecientemente contradictorio, que exige un aumento ilimitado de la explotación, prueba precisamente de los límites históricos mencionados. Apoyándose críticamente en las formulaciones de la economía política, supera sus limitaciones de manera que su método supone la culminación teórica de la mejor tradición histórica del pensamiento económico.

El análisis plasmado en *El Capital*, pese a tratarse de una obra inacabada, explica no ya que los problemas económicos y sociales proceden de la forma que toma el proceso de acumulación (vaivenes e interrupciones –las crisis– incluidos), así como que la acumulación depende de la rentabilidad, sino también de los determinantes de la rentabilidad. Verdaderamente se trata de una tarea teórica muy compleja pero justificada por su carácter decisivo para comprender el trasfondo último no ya de cómo se desenvuelve el proceso de acumulación capitalista, sino de cómo podría hacerlo y cómo no.

El planteamiento económico de Marx para la comprensión de la dinámica capitalista arranca precisamente del punto mencionado, de la superación de la formulación más avanzada que la economía política burguesa había alcanzado a formular, por parte de Ricardo: la ley laboral del valor con la que este autor, identificando correctamente que el determinante de los precios es el proceso de producción, sin embargo le daba a este determinante un carácter técnico, no social, frustrando así su potencia explicativa. El análisis marxista parte de la ley del valor, pero caracterizado éste no como una categoría técnica sino social: el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de una mercancía (socialmente, es decir, de una sociedad determinada, en un momento histórico particular de acuerdo a las propias condiciones sociales promedio en que se lleva a cabo entonces y allí esa producción social). Esta ley sólo incluye en un lugar secundario el proceso social de validación de los trabajos privados (la venta de las mercancías), que permite que el precio de una mercancía individual se aleje de su valor, exactamente en la misma medida, claro, de lo que se aleja del suyo, en sentido inverso, la mercancía por la que se cambia. Es un lugar secundario no sólo porque, debido a lo recién antedicho, la suma de todos los precios es igual a la suma de todos los valores, sino porque ningún participante en un intercambio está dispuesto en principio a recibir menos valor a cambio del que cede (salvo un interés excepcional en el valor de uso que adquiere con ese valor, caso en el que ya estamos identificando, justamente, una anomalía que se expresa en una relación de fuerzas desigual en el momento del intercambio; si la anomalía permanece ya no es tal, lo que habrá ocurrido es que se ha modificado el valor, que por eso se define socialmente).

Sobre la base de la ley del valor que rige el intercambio, fundamento de la sociedad capitalista en tanto economía de mercado (su máxima expresión por cuanto hasta la fuerza de trabajo se mercantiliza), se explica el dinero como mercancía equivalente general y a partir de éste se plantea la transformación del dinero en capital como base para su valorización (o dicho de otro modo, se transforma el poseedor de dinero en propietario capitalista, por tanto enfrentado al asalariado para obtener la ganancia). Esta formulación permite identificar que la ganancia es la plusvalía apropiada privadamente, plusvalía que se origina en la explotación. Esto es, en el trabajo no pagado que supone la diferencia entre la jornada de trabajo completa y la fracción de ella que toma la forma de mercancía fuerza de trabajo y, por tanto, única fracción que sí es pagada. Cuando este esquema teórico se despliega dinámicamente, se abre la posibilidad de la acumulación que permite una reproducción ampliada. Si la acumulación en general es la parte del excedente que, no consumiéndose improductivamente, se destina al consumo productivo del período siguiente, entonces la acumulación del capital es la capitalización de la plusvalía: la fracción de ella que se convierte en nuevo capital, gracias a no ser consumida por el capitalista (consumida improductivamente por tanto, porque no es necesario dicho consumo para la producción).

Pero el análisis dinámico, que por consiguiente va más allá de la explicación de cómo se valoriza el capital una sola vez, al abrir la posibilidad de la acumulación (de un nuevo proceso en el que el dinero se transforma en capital) abre asimismo la posibilidad de que se modifique la composición del capital. Esta cuestión no es anecdótica, porque la composición del capital refleja la proporción entre la mercancía no creadora de valor (los medios de producción, por tratarse del resultado de procesos productivos anteriores, es decir, ser trabajo pasado, muerto o solidificado) y la mercancía con capacidad creadora de valor (la fuerza

de trabajo por su menor valor que el equivalente a la jornada laboral completa). Como se aprecia empíricamente y se puede razonar teóricamente, el proceso de acumulación tiende a mecanizar el capital cada vez más o, dicho a la inversa, a reducir el peso relativo de la fuerza de trabajo, la mercancía que acabamos de identificar como fuente de creación de la plusvalía que se apropia como ganancia, base ésta de la rentabilidad que es la única fuerza motriz de la acumulación. Por tanto, la mecanización provocará crecientes dificultades de valorización del capital, fundamento de la formulación de la ley con la que culmina el planteamiento teórico de Marx: la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia.

¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué el capital lleva a cabo la mecanización, cuyo reflejo final en un aumento de la composición del capital socava las bases mismas de su valorización, que es la condición de su existencia, ya que ese aumento significa la reducción del peso relativo de la mercancía que crea valor? Recordemos que el valor extra de la jornada laboral completa respecto al valor del trabajo vivo pagado, es creado por la mercancía que reduce su peso relativo con la mecanización. Y que ese valor extra es la plusvalía que se apropian los capitales individuales como ganancia.

El capitalismo, como economía de mercado que es, basada en la apropiación privada de los medios de producción, no es ni puede ser un modo de producción ordenado (sólo excepcionalmente ha podido haber algunos elementos de orden, como el sistema monetario que impuso Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, que apenas pudo llegar al inicio de la década de los setenta y ya herido de muerte). De hecho, la acumulación del capital es en realidad la suma de la acumulación llevada a cabo por los focos individuales de acumulación que son los capitales individuales. Pero para valorizarse, cada uno de los capitales individuales que conjuntamente componen el capital general, compite con los demás. El imperativo de ser competitivo es, literalmente para todo capital, una cuestión de vida o muerte porque si no logra serlo desaparece como tal.

De modo que se pueden definir sintéticamente los fundamentos del capitalismo en sólo dos pinceladas: en primer lugar la acumulación capitalista se basa en la explotación de la clase trabajadora por parte de la clase capitalista, explotación cuyo resultado es la plusvalía; y en segundo lugar, se basa en la pugna competitiva entre los capitales individuales para apropiarse cada uno de ellos una fracción suficiente de la plusvalía total como ganancia individual (“suficiente” para que su rentabilidad, la relación entre dicha ganancia individual y su tamaño como capital, le permita sobrevivir como tal). A través de este doble proceso de producción de plusvalía primero y de su desordenado reparto entre los capitales transmutada en ganancia después, se abre la posibilidad de su transformación en nuevo capital, esencia misma de la noción de acumulación.

Por tanto, aunque los capitalistas comparten entre sí el interés en preservar el orden social del que obtienen sus privilegios, a la vez están enfrentados por la pugna competitiva en la que ineludiblemente participan para conseguir su valorización. A partir de esto resulta inmediato que la mecanización que provoca las dificultades crecientes de valorización, que en última instancia explica el carácter crecientemente contradictorio del capitalismo, se deriva de la actuación coherente de cualquier capital individual que busca con ella mejorar su posición competitiva. En efecto, con la mecanización se aumenta la productividad ya que al producir más productos con el mismo trabajo, su valor unitario desciende y, por tanto, se llevan al mercado más baratos. Obsérvese por tanto que la contradicción esencial de la

acumulación capitalista no procede de que el trabajo vivo sea menos productivo, sino de que es más productivo... de valores de uso; lo que, sin embargo, lleva a una sobreproducción de mercancías por la escasez de plusvalía para que éstas puedan validarse efectivamente materializando la plusvalía). Ni que decir tiene que, en cuanto un capitalista lleve a cabo este proceso, los demás capitalistas acaban estando obligados a lo mismo, so pena de desaparecer.

La clave de todo lo expuesto radica por tanto en que no se parte de ningún comportamiento ilógico de los capitalistas, que son quienes conducen el proceso de acumulación, sino justo al contrario, de su comportamiento coherente para sobrevivir como tales. Dicho de otro modo, no se parte de ningún elemento ajeno al proceso de acumulación mismo, de ningún elemento meramente circunstancial o aleatorio, sino que al contrario, se parte de la lógica capitalista desplegada plenamente de una forma dinámica. Por eso, vale la pena recalcarlo, se concluye en el carácter crecientemente contradictorio del capitalismo, expresado teóricamente en la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia, que constituye la conclusión teórica principal. Esta conclusión nos permite comprender que la grave situación social actual no se debe a cuestiones meramente cíclicas (aunque pueda haber ciertos vaivenes sobre los que, sin embargo, no rige ninguna regularidad necesaria), ni a una determinada gestión de la política económica (por más que ésta pueda incidir en el ritmo y la forma con los que se presentan los problemas), sino a los ineludibles requerimientos de la acumulación del capital llegada a este punto de su trayectoria histórica.

Sólo a partir de esa consideración teórica, plasmada en la mencionada ley, pueden entenderse otros fenómenos que son consecuencia de ella y de todo el proceso histórico al que da lugar, incluida la configuración del capital financiero respaldado por las respectivas potencias imperialistas, cuya actuación marca las pautas del proceso de acumulación desde el punto de vista del capital (fenómenos que, en definitiva, son consecuencia del pleno despliegue histórico de la sociedad regida por la ley del valor). Por ejemplo, la expansión de la actividad financiera, en particular la especulativa, únicamente puede comprenderse a la luz de dichas dificultades de valorización.

La ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia, por su condición de ley permite explicar efectivamente la inevitabilidad de contradicciones crecientes del capitalismo, que se expresan hoy en lo que se puede calificar como huída hacia delante. Como tal, esta ley es la expresión final del análisis económico marxista que, apoyado en una concepción materialista del mundo y un modo dialéctico de analizar, justifica su consideración como culminación histórica del proceso acumulativo de conocimiento en el campo del análisis económico.

...y la respuesta

Finalmente, a través de la aplicación de este método de análisis que es el marxista, ¿qué conclusión puede obtenerse, tras más de quinientas páginas dedicadas a explicar las causas del problema identificado con el deterioro social que, cada vez más, aleja a la inmensa mayor parte de la economía mundial de las posibilidades que aporta la cualificación de la población y el progreso científico y técnico que permite esta cualificación?

El análisis marxista permite detectar que existen una serie de tendencias consustanciales al capitalismo. Consustanciales quiere decir que le son inherentes, que están en su ADN, que no ocurren por casualidad de igual modo que podrían no ocurrir, sino que necesariamente

tienen que producirse. Como tales, no son tendencias o rasgos aislados sino que están inseparablemente relacionados entre sí. Son, en primer lugar, la concentración y centralización del capital, con su corolario de oligopolización de los mercados. En segundo lugar, su internacionalización comercial, financiera y productiva. En tercero, el desarrollo desigual y combinado al que dan lugar (único marco en el que se puede entender el fenómeno de la dependencia y subdesarrollo de determinadas regiones). Finalmente y como tendencia que enmarca a todas las demás, ligada directamente al descenso tendencial de la tasa de ganancia, el proceso de acumulación capitalista presenta inevitablemente una trayectoria fluctuante e irregular en el curso de su reproducción, cuya principal concreción son las crisis, y que exige una tendencia constante al aumento de la tasa de plusvalía; es decir, de la explotación.

En efecto, en el proceso de acumulación del capital las crisis son momentos inevitables, ya que se producen ante la saturación del proceso de acumulación a la que se conduce él mismo, porque la búsqueda de valorización por parte de todos los capitales produce una sobreacumulación de capital. Esta sobreacumulación provoca una sobreproducción de mercancías, no respecto a las necesidades de la población (valores de uso), sino en su condición social de tales, de mercancías (valores), debido a que no pueden ser vendidas a un precio que verifique el valor que, para el objetivo de valorización del capital, siempre ha de incluir una plusvalía suficiente. El problema se presenta así como si fuese un problema de mercado debido a una insuficiente demanda, pero su origen está en la insuficiente producción de plusvalía (demanda latente siempre puede haber, pero se necesita una demanda solvente cuya magnitud por el lado de los salarios está limitada, cada vez más, por el espacio necesario para la plusvalía). Este proceso desemboca en la ralentización e incluso la interrupción del ritmo de acumulación. Es decir, en la crisis.

Las crisis expresan por tanto la situación de saturación o colapso a la que llega la acumulación del capital, necesariamente porque la causa está en la propia acumulación (a la que calificamos de contradictoria precisamente por eso). Como tales, las crisis suponen la destrucción de valor, tal y como se aprecia en los despidos de trabajadores y los cierres de empresas. ¿Basta esta destrucción para revertir el proceso, de modo que pueda calificarse a las crisis de simples momentos de saneamiento o “quirúrgicos” que, provocando la liquidación de los segmentos del capital no rentables, permiten restablecer la rentabilidad promedio y, con ello, la reanudación del proceso de acumulación? En los procesos sociales no hay automatismos y por tanto las crisis no pueden garantizar nada. Pero en el estadio del capitalismo ascendente, precisamente por este carácter ascendente que se expresaba en el impulso a las fuerzas productivas, las crisis se acompañaban de otros instrumentos de expansión, y en particular la colonial, para lograr con una relativa fluidez la reanudación de la acumulación. ¿Y después?

Desde finales del siglo XIX el resultado de las tendencias explicadas confluye en una nueva configuración del capital que marca la pauta del proceso de acumulación. Se trata del capital financiero, que consiste en la agrupación bajo un mismo control de masas enormes de capital, las cuales actúan en todos los ámbitos (productivo, comercial y financiero, éste tanto crediticio como especulativo); agrupación en la que ocupan un lugar central los capitales que proceden de las actividades propiamente financieras. Por su posición dominante en los mercados y su expansión exterior, el capital financiero es un capital oligopólico e internacionalizado. Tanto que históricamente su actuación, respaldada por las potencias imperialistas, acaba provocando la incorporación subordinada de todo el territorio mundial

al mercado capitalista. O dicho en términos teóricos, la ley del valor comienza a actuar de forma predominante a escala mundial, hecho que permite en rigor hablar en términos de economía mundial como tal, como una categoría histórica.

La constitución del capital financiero, oligopólico e internacionalizado, que se irá haciendo cada vez más dominante, y la configuración de la economía mundial como tal, que implica un nuevo terreno de juego ya no ampliable geográficamente, fundamentan la caracterización de un nuevo estadio capitalista, el imperialista, que pone fin al capitalismo ascendente previo, identificado esencialmente por el enorme impulso que había dado al desarrollo de las fuerzas productivas. Por el contrario, el estadio imperialista, fase suprema del capitalismo, asociado en particular a las guerras, las crisis y las revoluciones, supone tensiones cada vez mayores para la posibilidad de nuevos desarrollos de las fuerzas productivas. De hecho, en él tendrán lugar procesos masivos de destrucción, como las dos guerras mundiales (y las demás), que están conectadas directamente con la dinámica imperialista. Estos procesos de destrucción se han hecho más sistemáticos y amplios en el período reciente, especialmente desvalorizando la fuerza de trabajo.

Como las guerras, la secuencia histórica reciente de crisis→ajuste→crisis se encuadra plenamente en el imperialismo, mostrando su condición de estadio final del capitalismo por la imposibilidad de nuevos redespiegues de la acumulación capitalista, que pudieran impulsar efectivamente nuevos desarrollos de las fuerzas productivas. Esta secuencia, leída en sentido cronológico inverso (de derecha a izquierda), muestra que la actual crisis mundial es la situación en la que ha desembocado el proceso de acumulación tras veinticinco años de imposición prácticamente universal de las políticas de ajuste permanente del FMI. Políticas que se imponen, precisamente, como respuesta a la crisis que había estallado en los primeros años setenta. Es la noción misma de huída hacia delante: la fracción dominante del capital, el capital financiero estadounidense, impone a través del FMI unas políticas en respuesta a la crisis... que contribuyen a provocar una crisis aún mayor.

Vale la pena consignar también el significado de aquella crisis de los setenta. No se trató de una cuestión meramente cíclica o coyuntural. Era el agotamiento final del período excepcional de recuperación y crecimiento que había seguido a la Segunda Guerra Mundial. Esta guerra resolvió la pugna interimperialista, estableciendo a Estados Unidos como potencia hegemónica, bajo cuya dominación el capital pudo aprender una lección muy importante de la Primera Guerra Mundial. Entonces, sin una potencia efectivamente hegemónica (y por tanto con voluntad de ejercer la hegemonía), la destrucción económica del conflicto bélico había acabado de crear el caldo de cultivo revolucionario en el que tuvo lugar no sólo la revolución rusa de 1917, sino también la revolución alemana de 1918-19 (con una nueva oleada en 1923), la húngara de 1919 y, en general, una situación social muy explosiva a escala mundial. En ese momento histórico sólo triunfó la rusa, que en todo caso tiene una enorme importancia, no sólo por lo que significa internamente y en cuanto a la pérdida de un espacio para el imperialismo, sino también por su condición de referente para el movimiento obrero de otros países. Pero un triunfo revolucionario en Alemania habría tenido una importancia incomparablemente superior, habida cuenta tanto de su potencia económica, como de la potencia política de su clase obrera organizada (internamente y por su fuerte ascendencia en toda Europa).

Hasta tal punto la guerra no resolvió los problemas, que apenas once años después de su finalización en 1918, la economía mundial cayó en una grave crisis no sólo económica

(la “crisis del 29”) sino también política. Para contenerla, el capital recurrió a todo tipo de medidas extraordinarias, desde el *New Deal* en Estados Unidos hasta el fascismo en Alemania, Italia y otros países. Y pasando por los Frentes Populares como en Francia, con los que se impulsaba una política de colaboración de clases sobre una base corporativista que niega la especificidad de los intereses de los trabajadores, política puesta en marcha gracias a los partidos socialdemócratas y estalinistas como la SFIO y el PCF allí (o incluso a la combinación de varias vías sucesivamente como en el caso español, donde el Frente Popular no logra impedir que ante el golpe de julio de 1936 se ponga en marcha un proceso revolucionario, que ya tenía antecedentes como la huelga general revolucionaria de 1934). Pero finalmente se desembocó en una nueva guerra mundial.

Tras ella, la condición de EE.UU. como potencia hegemónica le permite intentar conducir la situación, desde la perspectiva del capital, para tratar de evitar que se repita la situación que siguió a la Primera Guerra Mundial, en cuanto a que la explosividad social desemboque en procesos revolucionarios. Si bien este intento no es completamente exitoso, como muestra la experiencia de los países de Europa del Este, sí consigue evitar la extensión general de la revolución que podía haber provocado un triunfo revolucionario en países como Francia o, al menos en parte, Alemania. El mecanismo a través del cual se llevó a cabo pasó en primer lugar por la colaboración de las direcciones de las principales corrientes del movimiento obrero, la socialdemocracia y el estalinismo. Y se concretó en un peaje que hubieron de pagar las respectivas burguesías nacionales y asumir el capital financiero dominante: la institucionalización de importantes conquistas obreras y democráticas, en particular con la forma de salario indirecto, tales como la enseñanza y sanidad públicas, o diferido como los sistemas de seguridad social, etc. (además de otras medidas conexas como las nacionalizaciones en sectores tan importantes como la energía o las comunicaciones). En definitiva, la clase capitalista se vio obligada a aceptar estas conquistas para intentar aliviar la presión social ante el riesgo de estallidos revolucionarios. Por una parte “tiene que aceptarlas” pero, por otra parte, “puede aceptarlas”, gracias al gran margen para la acumulación generado por la enorme devastación de la guerra. Ésta es una cuestión crucial porque muestra el carácter absolutamente excepcional de la situación de 1945.

De 1945 y de los años siguientes, pero sólo hasta cierto punto. Porque la institucionalización de todas estas conquistas obreras y democráticas en el seno de los Estados burgueses son una suerte de “cuerpos extraños” en él, ya que chocan con la función constitutiva de dichos Estados, que es la de favorecer la acumulación capitalista. De manera que a medida que las bases de la recuperación y el crecimiento posbélicos, literalmente excepcionales, fueron mostrando sus límites (en particular las condiciones extraordinarias provocadas por la guerra, pero también otros elementos artificiales como el recurso masivo al crédito o el armamentismo, etc.), estos cuerpos extraños se fueron revelando como tales: como fardos para el proceso de acumulación, de los que por tanto hay que intentar deshacerse. Finalmente, el margen para la acumulación se agota de forma definitiva, porque esas bases tenían fecha de caducidad, y en los primeros años setenta estalla la crisis mundial que ya se venía incubando desde la década previa y que, en todo caso, se encuadra en la tendencia de fondo del capitalismo en cuanto a sus contradicciones crecientes.

Dicho de otro modo: la institucionalización de las conquistas obreras fue el precio que pagaron las burguesías para preservar su orden, el orden burgués. Aparentemente, podría

pensarse, todos ganaron: la clase burguesa el mantenimiento de su posición dominante y la clase trabajadora una mejora en sus condiciones de vida. Se trataría de un “estado de bienestar”, incluso supuestamente consensuado como tal. Pero las apariencias engañan y no sólo porque esta mejora no sea fruto de ningún consenso entre clases ni de ninguna concesión del capital, sino de unas conquistas que el movimiento obrero arranca. También engañan porque hablar de bienestar en el marco del capitalismo sólo puede hacerse en términos relativos y de una forma limitada. En efecto, por una parte las condiciones de vida de los trabajadores estaban lejos de agotar las posibilidades materiales existentes (como no puede ser de otra manera, porque siempre tienen que dejar espacio para la plusvalía que permite la ganancia). Por tanto eran unas mejores relativas, sólo lo eran en relación con otras situaciones previas. Y por otra parte, tenían un alcance limitado porque sólo eran soportables por el capital (es decir, compatibles con las exigencias de la acumulación) en la situación de entonces, que ya ha sido caracterizada como excepcional. La sistemática imposición desde los primeros años ochenta del ajuste fondomonetarista, cuyo contenido esencial es la desvalorización de la fuerza de trabajo a través de mecanismos directos, indirectos (sanidad y educación) y diferidos (sistemas de pensiones), muestra con claridad esta limitación. Y sin duda, como siempre, entonces también existía una alternativa: la de construir la economía sobre unas bases distintas de la propiedad privada de los medios de producción, cuyos límites históricos se traducen en el cuestionamiento de las condiciones de vida de la mayoría de la población. Las direcciones de las dos corrientes políticas mencionadas, socialdemocracia y estalinismo, tienen por tanto una responsabilidad histórica en lo que no ocurrió entonces y, por extensión, en lo que sí está ocurriendo ahora.

El ajuste fondomonetarista que se ha mencionado es la respuesta del capital a la crisis, es decir, a la ralentización e incluso interrupción del ritmo de acumulación. Con esta política de ajuste permanente se persigue la apertura de espacios de valorización para el capital o, para decirlo con más precisión, para una determinada fracción del capital en particular. El ajuste constituye un paquete de medidas con tres ejes centrales: desreglamentación especialmente del mercado de trabajo, privatización-liquidación de las empresas y servicios públicos, así como apertura comercial y financiera muy acelerada e indiscriminada. Además, hay medidas igualmente regresivas en otros ámbitos, como el fiscal (tanto por el lado de los ingresos, mediante el aumento de los impuestos indirectos y la reducción de los directos sobre las ganancias; como por el de los gastos, con recortes sociales y aumento de las transferencias al capital).

Sus resultados, después de tres décadas de imposición de esta orientación, pueden ser resumidos en torno a los tres planos que han sido detallados en el capítulo octavo: destrucción económica, regresión social y cuestionamiento de los derechos democráticos. Pero más allá de estos dramáticos resultados que se resumen en la sistematización de la destrucción de fuerzas productivas, la cuestión pendiente remite a si en todo caso estas políticas han sido exitosas desde el punto de vista de su objetivo real, que obviamente no era el desarrollo económico, el progreso social y los avances democráticos. El objetivo era el restablecimiento de la rentabilidad que abriera espacios para la valorización del capital, de modo que se reanudara el proceso de acumulación de una forma fluida y estable, al menos relativamente. Sin embargo, el resultado final ya explicado ha sido una nueva crisis, más grave, a la que estas políticas han contribuido. La crisis actual, que no procede de una mala gestión de la política económica, por más que ésta pueda agravar la situación, sino de las dificultades crecientes

de valorización que forman parte del desarrollo histórico del capitalismo, tal y como se ha explicado *in extenso* en el capítulo tercero. Las burbujas financieras o inmobiliarias tampoco son consecuencia de “malas prácticas”, aunque las haya y agraven la situación, sino el resultado del inevitable movimiento del capital a cualquier ámbito que le pueda procurar su valorización. Y que al final provoca una plétora de ganancia... ficticia, porque no está respaldada por plusvalía. El pinchazo de la burbuja no es más que la llamada al orden de la realidad económica de la plusvalía que determina la ganancia. Es decir, del plano del valor, del trabajo (al respecto puede verse el apartado 3.3 del capítulo cuarto).

La situación desde entonces es bien conocida y puede resumirse, muy sintéticamente, en que el capital únicamente plantea medidas de continuidad y profundización en el ajuste fondomonetarista (es decir, “más de lo mismo”) que, por tanto, provocarán más destrucción económica, más regresión social y más cuestionamiento de derechos democráticos (esto es, “más de lo mismo”). Mientras tanto, las contradicciones de la acumulación capitalista no van a dejar de agudizarse. Sin duda, la enorme destrucción de valor de la crisis actual, podrá abrir espacios que permitan episodios de crecimiento económico. En todo caso, estos episodios siempre serían no sólo muy limitados en el tiempo, sino también irregulares y marcadamente asimétricos entre países. Su base sólo podría asentarse, previa y simultáneamente, en procesos cada vez más masivos de fuerzas productivas, preparando a su vez sacudidas y hundimientos cada vez mayores. El ejemplo de la situación española actual es muy elocuente: ni siquiera con un marcado aumento de la tasa de plusvalía el capital encuentra rentable comprar la fuerza de trabajo de más de seis millones de trabajadores (de un total de 23 millones de población activa, sólo ocupa 17 millones; es decir, menos del 75%, renunciando por tanto a más de una cuarta parte, en realidad bastante más si se incluye a la que sólo subemplea). Se trata de un doble mecanismo de destrucción de fuerzas productivas, por la vía de la desvalorización de la fuerza de trabajo empleada y por la vía de la desvalorización absoluta de la fuerza de trabajo arrojada al desempleo.

De esto se trata, de la imposibilidad de un desarrollo sistemático de las fuerzas productivas en el capitalismo del siglo XXI y, por el contrario, la inevitabilidad de procesos cada vez más amplios y profundos de su destrucción. Tal y como se fundamenta detalladamente en el apartado 4.3.2 del capítulo octavo, probablemente el más importante de todo el libro. La noción de fuerzas productivas es una categoría teórica, no sólo económica sino social en general, sobre la que conjuntamente con la de relaciones de producción, se asienta toda la discusión acerca del recorrido histórico del capitalismo y en particular sobre sus perspectivas. Las fuerzas productivas no son, obviamente, la caricatura a la que a menudo se las ha querido reducir, asociándola simplemente a la productividad, al potencial productivo que se puede obtener de la fuerza de trabajo, de acuerdo a su cualificación y a la disponibilidad de medios de producción con determinado grado de progreso técnico. La categoría fuerzas productivas van mucho más allá, porque incluye la utilización efectiva de ese potencial materializado en un cambio estructural que se traduce en una mejora sostenida de las condiciones de vida del conjunto de la población. Mejora que no sólo no se está produciendo sino que, al contrario, lo que se verifica es un deterioro, como se observa con claridad en la mencionada desvalorización de la fuerza de trabajo.

La imposibilidad de nuevos desarrollos sistemáticos de las fuerzas productivas se muestra con claridad en la inviabilidad de nuevos procesos de acumulación capitalista que sean

homologables al menos en parte a la experiencia que tomó la forma de la revolución industrial en Europa durante la segunda mitad del siglo XVIII. En ocasiones se coquetea con la idea de su existencia en Rusia desde principios de los noventa y, sobre todo, en China desde finales de los setenta, llegándose incluso a proclamarla como la segunda potencia mundial, a pesar de que, por citar sólo un indicador, según datos del Banco Mundial de 2012 su renta per cápita sólo alcanza el 14,9% de la alemana y el 13,2% de la japonesa.

La noción de acumulación originaria del capital no es un concepto resumible simplemente en que un excedente no capitalista pase a acumularse como capital. Es algo mucho más profundo que considera la forma específica en la que se da la transición al capitalismo en una serie de áreas de Europa, cuyo resultado se plasma en la constitución de burguesías nacionales que van a marcar la pauta del proceso de acumulación y a controlar el aparato de Estado, desempeñando un papel históricamente progresivo en un primer estadio del capitalismo. Nada de esto ha ocurrido en Rusia durante los últimos veinte años, tal y como se ha expuesto en el capítulo noveno. Al contrario, más bien se ha producido un marcado proceso de “desacumulación”, configurándose no una burguesía nacional como tal, sino grupos mafiosos vinculados al pillaje que supuso la privatización de recursos naturales como el gas o el petróleo. Estos grupos se constituyeron con dirigentes que procedían de las fuerzas de seguridad, los servicios secretos y, en general, el viejo aparato del partido, incluidas las juventudes, lo que les aporta importantes conexiones con el poder político e incluso militar. Pero finalmente no dejan de estar subordinados al capital financiero internacional, por más que esta subordinación pueda tomar formas muy directas como en el período presidencial de Yeltsin o más indirectas como en la actualidad (diferencia que también está vinculada a la mayor debilidad relativa de Estados Unidos).

Pero tampoco en el caso de China se ha configurado o se está formando una burguesía nacional, como asimismo se ha explicado en el mismo capítulo noveno. La burocracia del Partido Comunista Chino impone la apertura en un Comité Central de diciembre de 1978, que en seguida se concretará en las primeras Zonas Económicas Especiales para la inversión extranjera en julio de 1979 y la incorporación al FMI y el Banco Mundial, respectivamente en abril y mayo de 1980. En consecuencia, el proceso de industrialización no admite analogía alguna con la auténtica acumulación originaria del capital, porque no se produce de forma ajena a la ley del valor que ya opera a escala mundial, sino subordinándose a ella. Dos décadas después, en 2001, se integra asimismo China en la OMC lo que supone limitar aún más el contrapeso a la ley del valor que es el monopolio estatal del comercio exterior. Su situación actual se puede resumir simplíficadamente en los siguientes términos: obtiene un saldo comercial externo superavitario gracias a una enorme sobrexplotación de los trabajadores, en un marco carente de derechos laborales básicos y en particular el de la organización sindical independiente, que se impone por un Estado relativamente fuerte debido a que sigue siendo un Estado obrero (que se constituyó sobre la base de la expropiación del capital, lo que básicamente se mantiene), por más que esté profundamente degenerado. Así, una parte importante de las divisas del superávit comercial se destina a comprar deuda pública, sobre todo estadounidense. Esta situación puede hacer creer la ficción de que Estados Unidos está subordinado a China. Pero es justamente al revés y no sólo porque finalmente esa deuda esté contraída en dólares, sino también y sobre todo porque la industrialización en que se basa es tan dependiente del exterior que exige el mantenimiento de un bajísimo valor de la

fuerza de trabajo y ni siquiera consigue articular económicamente su propio territorio, como se aprecia en el hecho de que las importaciones de alimentos crezcan mucho más aprisa que el conjunto de la producción (lo que ha sido implícitamente reconocido en el Plenario del Comité Central del PCCh de noviembre de 2013).

Se constata así la imposibilidad de nuevas burguesías nacionales que puedan desempeñar un papel análogo al que históricamente habían jugado por ejemplo las europeas. Y, en consecuencia, la ausencia de relevo posible a la hegemonía estadounidense, por más que ésta muestre señales claras de debilidad, ya que ésta no es finalmente sino la expresión de los problemas del capitalismo a escala mundial.

De manera que la crisis actual constituye un momento histórico muy trascendente, porque supone un punto de no retorno. No hay vuelta atrás y nada será igual. ¿O acaso no interesaría hoy que, por ejemplo en Grecia, en aras de lograr algo de estabilidad política, el capital aceptara ciertas concesiones a las reivindicaciones de las movilizaciones, de cara a aliviar la explosividad social? Sin duda. Pero en términos de rentabilidad económica el capital financiero o, mejor dicho, ciertas fracciones de capital financiero no pueden aceptar, bajo ningún concepto, lo que en sus cuentas de explotación acabaría significando una menor ganancia y, por tanto, una pérdida de competitividad. Este hecho muestra la carencia de margen por parte del capital para aceptar de forma generalizada concesiones que alivien la presión social.

Y sin embargo, ¡se mueve!

A lo largo de todo el libro se han expuesto numerosos episodios de la convulsa historia del capitalismo y de la lucha de la clase obrera por la reivindicación de sus derechos. Por una parte se constata la incompatibilidad cada vez mayor entre la supervivencia del modo de producción capitalista y unas condiciones de vida dignas para el conjunto de la población. Por otra parte, no se pueden negar las dificultades para la superación del capitalismo, que sólo podrá hacerse efectivamente a la escala que le es propia a la humanidad hoy, a escala mundial. Las dificultades radican no ya en la expropiación del capital, que sin duda es una condición necesaria para dicha superación, pero no suficiente. Sin duda podría trazarse una panorámica que, apoyada en numerosos episodios históricos, parecería asegurar la inevitabilidad del fracaso de toda pretensión de una sociedad nueva. En particular los no pocos episodios de traición, corrupción y degeneración de las direcciones de poderosas organizaciones de masas del movimiento obrero, que llevan a éstas a la colaboración con la clase de los explotadores. Hay dos episodios en particular que pueden identificarse como su máxima expresión. En primer lugar la decantación de diputados de los partidos obreros por apoyar los intereses de sus respectivas burguesías en agosto de 1914, votando a favor de los créditos de guerra. Por otra, la degeneración del Estado obrero que se había establecido en Rusia a partir de la revolución bolchevique de 1917, por la entronización del estalinismo desde finales de los años veinte.

Sin embargo y a pesar de todo, en una sociedad capitalista la desaparición de las clases sociales no puede ser más que un ejercicio propagandístico de la clase burguesa, interesada en ocultar la existencia de clases sociales cuya relación consiste en la explotación de la que ella obtiene sus privilegios. Pero no es solamente que las clases existan en el plano económico, sino que sus intereses opuestos que en el contexto del capitalismo actual, inevitablemente las

enfrentan cada vez más, necesariamente se expresan en el plano político. Es decir: *eppur si muove!* (“y sin embargo, se mueve”, la frase que se le atribuye al científico Galileo Galilei el 22 de junio de 1633, tras verse obligado a abjurar de su explicación científica de que era la tierra la que giraba alrededor del sol, ante las amenazas de muerte de la Iglesia católica si no lo hacía; Iglesia que sólo le “rehabilitará” 359 años después, en 1992). No hay nada ineluctable.

Por consiguiente, la inevitabilidad de que toda pretensión de una sociedad nueva fracasará es solamente una apariencia... que engaña. Porque pese a todas las dificultades, la presión de la clase trabajadora, la inmensa mayoría de la población, obedece a su instinto de supervivencia, colectivo, que de una forma u otra debe llevarla a constituirse políticamente de forma independiente de toda subordinación a las instituciones del capital, para llevar a cabo no sólo una ruptura revolucionaria, sino también la edificación de una nueva sociedad basada en la propiedad colectiva de los medios de producción, para una organización racional del proceso económico en su conjunto. Es la única alternativa posible a la barbarie que ofrece como futuro la supervivencia del capitalismo. Porque si dentro de veinticinco años sigue existiendo el capital, se puede afirmar que, necesariamente, el grado de explotación de la mayoría de la población que vive de su trabajo y no del ajeno, que entonces sería aún mayor, habría aumentado.

Coda: reivindicación de la posibilidad y la necesidad del análisis económico científico

El análisis económico es habitualmente identificado con el enfoque dominante, de matriz neoclásica. Y dada la esterilidad de este enfoque para explicar los problemas económicos, en lugar de dirigirse al enfoque económico que sí es fértil para esta explicación necesaria, se tiende a decretar la incapacidad del análisis económico en general (es decir, una vez bañado el niño que estaba sucio, en lugar de tirar el agua sucia, se tira al niño).

Pero el análisis económico científico no es sólo posible, sino también necesario, imprescindible. Es posible porque los fenómenos económicos, y sociales en general, no son fruto de la casualidad, sino que obedecen a determinados factores que los provocan. Por tanto, como hay una relación de causalidad, se puede y debe aspirar a detectarla y formularla con la mayor precisión posible, lo que sólo puede lograrse a través del método científico. Método en el que también en el campo de la economía hay una gran tradición histórica que, como se ha expuesto reiteradamente, culmina en el análisis marxista.

Ahora bien, que sea posible explicar científicamente los problemas económicos no significa que sea necesario. ¿Podría no serlo? ¿Será una tarea ociosa la búsqueda de esta explicación? En absoluto. La finalidad del análisis económico, desde la perspectiva con la que nosotros lo encaramos, es puramente práctica: se trata de desvelar el trasfondo de explotación sobre la que asienta el orden social en el que vivimos, de cara a poder intervenir certeramente para su superación. En este punto confluyen por tanto las dos dimensiones del marxismo: método de análisis y guía para la acción.

En conclusión, se pueden y se deben analizar los fenómenos económicos, con la pretensión de afianzar una ciencia económica capaz de explicarlos efectivamente. El objetivo final es que esta ciencia, realimentada por la conciencia de clase de los trabajadores organizados como movimiento obrero independiente, sea también un punto de apoyo en el combate por una sociedad nueva, cuya única base posible se sitúa en la expropiación del capital,

habida cuenta de la barbarie cada vez mayor a la que conduce el régimen social basado en su apropiación privada orientada a la ganancia igualmente privada.

En efecto, el capitalismo ya sólo puede suponer más barbarie. No sólo por las guerras, las crisis, el desempleo, la precariedad, la negación del pleno acceso a la sanidad o a la enseñanza, el hambre y un largo etcétera. Es bárbaro más profunda y ampliamente, por el gigantesco peaje que para la sociedad supone renunciar a dar otros usos a los recursos que se destinan a actividades que únicamente obedecen a las exigencias de la acumulación capitalista: el armamento, el gasto policial puramente represivo para el mantenimiento del orden burgués, la especulación, el negocio del narco, la diplomacia orientada a facilitar la posición competitiva de los capitales nacionales, la vigilancia de las fronteras o incluso entre otros muchos más, la propia publicidad, a la que se dedica una ingente cantidad de trabajo, con una finalidad no informativa que hoy se puede asegurar sin apenas gasto, sino persuasiva por mor del imperativo de la competencia.

Las consecuencias sólo se pueden evitar eliminando sus causas. De modo que como los cada vez más graves problemas sociales obedecen finalmente a la apropiación privada de los medios de producción, sólo su expropiación puede lograr que todos los medios disponibles (incluido el trabajo de quienes ahora no aportan nada útil al conjunto de la sociedad, los capitalistas) se pongan al servicio del conjunto de la población, con el horizonte final de abolir definitivamente la explotación y construir una sociedad sin clases. En una sociedad sin clases las posibilidades serían enormes. Como se decía en el Manifiesto de Alarma citado en el último apartado del capítulo quinto, “sólo *sería necesario organizar correcta, científica y racionalmente la economía de cada país y de todo el planeta, siguiendo un plan general*”. Piénsese simplemente en cómo podría ser hoy el combate contra el cáncer, si durante los últimos veinticinco años se hubiera dedicado a investigar sobre él la mitad de lo que efectivamente se ha gastado en armamento. Pero en el capitalismo no sólo no se hace ni se podría hacer, sino que a estos fines cada vez se les dedica menos recursos. En definitiva, sólo en una sociedad sin clases basada en la propiedad social de todos los medios de producción, la noción de bienestar puede alcanzar una materialización real, universal y siempre en aumento. Exactamente de eso se trata.